

la costra informe y dura de confusión, nos impidieron ver en el centro de aquel caos, un corazón, un enorme corazón donde a la luz de una conciencia soberana trabajaron las indomables energías de un profeta que predicó maravillas con ingenua y rapsódica elocuencia, porque amó a su país, de veras, y con todas las fuerzas de su alma. (1).

(1) De una carta que el General Mondragón dirigió a Félix Díaz con fecha 26 de Junio de 1913 y que "El Heraldo de Cuba" publicó en Mayo de 1914, extraigo estos sugestivos párrafos:

"Cuando los periódicos anunciaron la ruptura del "Pacto de la Ciudadela," entendí desde luego la turbia maniobra en que lo había metido Rodolfo Reyes; pero aunque la intriga se había urdido con el cordón de la más increíble ingratitud, preferí callar y me resigné abnegadamente a que sobre mí se descargaran todas las responsabilidades de la presente situación. Pero ahora es distinto. Pronto abandonaré las playas de mi patria, y aun cuando me propusiese lo contrario, cualquier trabajo mío resultaría ineficaz. Por eso mis palabras, lejos de tener finalidad política, son únicamente la expresión dolorida de quien tiene "sabor amargo en la boca" y da libre curso al justísimo resentimiento que lo embarga.

Usted sabe que lo que conmigo se ha hecho, además de ser ingratitud, envuelve enorme falsedad. Yo no soy el único responsable del recrudescimiento de la guerra civil. Los autores del presente estado, somos "todos", y principalmente usted, que careciendo de popularidad, se obstina en ser el próximo Presidente de la República. También se encuentra en primera línea de la culpabilidad, Rodolfo, que con sus constantes manifiestos, declaraciones e intrigas, no cesa en su trabajo funesto para la Patria.

Por lo demás, no debiera extrañarme la conducta inquieta del consejero que ha escogido usted. Si subió al Ministerio sobre el cadáver de su padre, nada tiene de particular que compre su continuación en el Gabinete con mi ostracismo político. Pero usted, amigo Félix, debe detenerse en la peligrosísima pendiente en que resbala sin remedio. Ayer confió usted la dirección del órgano político a quien atacó con más encarnizamiento al señor General Porfirio Díaz. Hoy colabora en la expulsión del que forjó la personalidad que ostenta usted. ¿Qué fin se propone con estos manejos? ¿Cree usted que por tales escalones se asciende indefinidamente? No, amigo mío; el éxito no coincide nunca con la ingratitud.

Yo me retiro de la vida pública. El pueblo sabe ya que usted se separa de Mondragón, que le sirvió con riesgo de su vida, para ligarse con Zayas Enríquez, que ultrajó cruelmente al protector, al padre de usted....

Así es la vida, así es Rodolfo, así también ha resultado usted. Pero antes de partir, a fin de que usted perciba la diferencia entre su conducta y la mía, le recordaré que el 13 de Junio, cuando escribí mi renuncia, usé en ella la palabra "Solidaridad" que usted no conoce, o que por lo menos, la olvidó, al romper, no el Pacto de la Ciudadela, sino el otro pacto, el no escrito, el celebrado

Por las desiertas avenidas de la Colonia Roma un grupo de pisaverdes, de los mismos que más tarde profanaron la estatua de Washington arrastrándola por los arroyos de la Capital, avanza silenciosamente con las pupilas cargadas de odio. El asfalto de las aristocráticas avenidas, a la luz del crepúsculo, brilla como polvo de piedra pomez. Los "chalets" caprichosos, las elegantes "villas" del barrio rico, se iluminan con extrañas claridades metálicas semejando paredes de un horno inmenso que va a apagarse. En el fondo, haciendo codo con la calle de Berlín, una casa roja parece yacer entre las otras, compungida, como avergonzada de que la hayan dejado ahí. La pequeña horda negra se detiene, propone, discute, se acalora y luego calla trágicamente, como fundiéndose en un rumor profundo de huracán que va a soltarse....

La deliberación ha sido corta:—Imaginario, los peligros; ningún hombre habita la casa; los papás, allá en Palacio, festejarán la "travesura"; la policía, además, vigila.—Cautelosamente, como si aún temieran algún peligro, aquellos primerizos bandidos, se aproximan hachón en mano y en pocos minutos el fuego invade los cuatro muros del edificio.... Con los niños en brazos, las mujeres que habitan aquella morada se arrojan a la calle

bajo la fe de lealtad con quien tuvo el gusto de romper los hierros de su caudavero y labrar el pedestal de su personalidad actual, y que hoy lo tiene sin rencores ni malos deseos, al sacrificarse obscuramente para atizar la llama agonizante de la casi muerta popularidad de usted.

MANUEL MONDRAGON."

La carta, toda entera, es una amarga lamentación. Es el reproche íntimo, sin ornato alguno, del falso civismo que se ostenta en los escritos públicos. El reproche de condotiero a condotiero. La palabra "ingratitud" brilla en el texto con fulgor solar. En esta paladina confesión, está todo el secreto de aquel "negocio" que costó tanta sangre inocente. "Tú me ofreciste tal ministerio, tal chamba, y ahora permítes que me lo quiten." Entendamos, pues, que estos señores tenían compromisos de "gratitud" unos con otros. ¿Qué queda por saber para juzgarlos?

locas de espanto huyen despavoridas en tanto que los elegantes incendiarios se juntan arrimándose unos contra otros, como corderos amedrentados. Las tenazas del miedo oprimen sus rodillas serviles. Implacable, vertiginoso, el fuego lo devora todo, se propaga corriendo ligero sobre los tapices, sobre los muebles, sobre las ropas, tomando colores indecibles. En la violencia de una ronda desenfrenada, sus mil lenguas vibrantes y sutiles parecen prestar a las líneas murales, por un instante, infernal belleza. Las llamas saltan de un lado a otro en dantesca fuga cada vez más luminosa y contornan los muebles que conservando a tal punto su forma, parecen tallados en granito hasta que, de repente, sus moléculas se segregan y caen en cenizas pesadamente, como por encanto. Lanzando chispas y estallidos, el techo se desploma en un crepitar sonoro.

Todo está destruído. Todo? No. Un legajo de viejos papeles yace por tierra, tan abandonado que ni el tenue viento parece moverlo. Voraz flama iba a lamerlo con mortal caricia, mas el hábito de la Providencia extinguió de un solo soplo la ardiente lengua. Los incendiarios habían huído. ¿Pero hay algo menos sencillo que *huir*? Este monosílabo contiene abismos, dijo el viejo Poeta. Todo sirve de obstáculo al que se evade. La Providencia, que salvó el legajo, retuvo los nombres de aquellos viles y los transmitió, con el legajo, á la Historia.

Entre las cenizas de aquel recinto que abrigó el sueño de una familia de patricios, la mano piadosa de un extranjero lo recogió a mitad consumido por la vecindad del horno y me lo trajo. La Providencia, lo mismo que el diablo, tiene emisarios en todas partes. Los muebles, los tapices, los santos recuerdos, ningún interés tenían para la historia. Pobres queridos papeles que parecen las alas chamuscadas de un águila que también fué pluma! Pasajes que son suspiros, frases que son lágrimas, conservan su integridad en estos fragmentos. Otros, deshechos, calcinados, teñidos de negro o de amarillo por la sutil caricia, se desincorporan al menor contacto. Pe-

Francisco J. Madero

SAN PEDRO, COAH. MÉX.

4 - J M.

escribí en este libro, yo que en el entre
marino y en la fe que me ha reconozco
el ayuntamiento de mi patria y que en
este Estado soy reconocido por como jefe
por todas las que quieren luchar, para
sustituirle debiendo en medio de mi
carrera, sentir que una fuerza poderosa
defiende mi brazo y que me respalda
para el combate. ¿Podrá imaginarse
cual es mi inquietud?

¿Y cual es esa fuerza que me respalda?
¿Cual era vuestro temor que quisiera apartar de
yo cumpliendo con la misión que me
ha impuesto la Providencia?

La única que podría temer, pues
si bien es cierto que no me arredra ni
la pobreza, ni la fiebre, ni la
muerte, si me arredra el impedimento
mi padre, pues me imagino que al
lanzarme en esta lucha han arrojado
sin llevar la bendición del que la
Providencia me ha dado, pues

Francisco J. Madero

SAN PEDRO COAH. MEX.

- 5 - F. M.

El punto querido, tiene el poder de
derijirte en todo favor a Dios que usó en
el cielo y de la misma República es en un
ayuda, a fin de que nos iluminados, a
fin de que consigamos el mal tan
grande que harán ni dejándonos libre
tod para cumplir con la misión que
la Providencia me ha impuesto, y
a fin de que tengas valor y energía
para cumplir tu deber con tu
misión, que en el caso actual, consiste
en no autorizar mi acción, en no desmar-
me del recto camino que llevo en cum-
plimiento de mi deber, en no hacer que
pase en un momento, pues si empuro
la lucha debilitada por ti, fracasas y
pagan tanta en un acto, mi fracaso por
ya lo sabes así que empuro estas
luchas por la libertad, independientemente
no es por una causa, pero el hecho de que
no de laud, la guerra que me he impuesto

Francisco J. Madero

SAN PEDRO, COAH., MEX.

J. Co. y. C. Madero 1909

Enero 23/1909

R. 26

[Signature]

Sr. Dn.
 Sr. Madero
 Mexico

Mi muy querido papito:

Ayer llegué de Torreon y me
 encuentre con tu telegrama en que me pides
 unites que abe libremente y me man-
 das tu bendicion y la de mi mamá.

No puedo imaginarte como grande
 te hizo la satisfaccion, el orgullo y la
 esperanza que te sentiste.

Abundantes expresiones de amor y
 amor por mi mamá y mamá de Torreon
 de todos y gran emoción de agradeci-
 miento inmenso por lo que me
 dadas momentos.

Que la mañana de ayer, por un
 de levantarme me que te había visto
 en ese momento y me que me
 te dije y me que y en una mirada
 llena de dulzura y de confianza en el
 futuro me que hasta la madrugada